

X. ORACIÓN Y OBEDIENCIA (Continuación)

“Muchos hombres ejemplares he conocido, santos de corazón y de vida, en mis ochenta años. Pero a uno igual a John Fletcher —uno tan interior y exteriormente obediente y entregado a Dios— no lo he conocido.” — JOHN WESLEY.

Es digno de notarse que la oración a la cual se le da tan trascendente posición y de la cual se derivan grandes resultados, no es simplemente el rezar oraciones, sino la oración santa. Son las «oraciones de los santos», las oraciones de los santos hombres de Dios. Detrás de tal oración, dándole energía y llama, están los hombres y mujeres que están completamente entregados a Dios, que están enteramente separados del pecado, y plenamente separados para Dios. Estos son quienes siempre dan energía, fuerza y poder a la oración.

Nuestro Señor Jesucristo fue preeminente en la oración, porque fue preeminente en santidad. Una dedicación entera a Dios, una rendición total, que lleva consigo todo el ser, en una llama de santa consagración —todo esto da alas a la fe y energía a la oración. Abre la puerta al trono de la gracia y trae una poderosa influencia sobre el Dios Todopoderoso.

El «levantar manos santas» es esencial para la oración semejante a la de Cristo. No es, sin embargo, una santidad que solo dedica un aposento a Dios, que aparta meramente una hora para Él, sino una consagración que se apodera de todo el hombre, que dedica toda la vida a Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores», tuvo plena libertad de acceso y listo acercamiento a Dios en oración. Y tuvo este acceso libre y pleno debido a Su incuestionable obediencia a Su Padre. A lo largo de Su vida terrenal, Su supremo cuidado y deseo fue hacer la voluntad de Su Padre. Y este hecho, junto con otro —la conciencia de haber ordenado así Su vida— le dio confianza y seguridad, que le permitieron acercarse al trono de la gracia con ilimitada confianza, nacida de la obediencia, y que prometía aceptación, audiencia y respuesta.

La obediencia amorosa nos coloca donde podemos «pedir cualquier cosa en Su nombre», con la seguridad de que «Él lo hará». La obediencia amorosa nos trae al reino de la oración y nos hace beneficiarios de las riquezas de Cristo y de las riquezas de Su gracia, mediante la venida del Espíritu Santo que morará con nosotros y estará en nosotros. La obediencia gozosa a Dios nos califica para orar eficazmente.

Esta obediencia que no solo califica sino que precede a la oración, debe ser amorosa, constante, haciendo siempre la voluntad del Padre, y siguiendo gozosamente el camino de los mandamientos de Dios.

En el caso del rey Ezequías, fue una súplica poderosa la que cambió el decreto de Dios de que muriera y no viviera. El atribulado gobernante invocó a Dios para que recordara cómo él había caminado delante de Él en verdad y con corazón perfecto. Para Dios, esto contó. Él escuchó la petición y, como resultado, la muerte encontró su acercamiento a Ezequías bloqueado por quince años.

Jesús aprendió obediencia en la escuela del sufrimiento y, al mismo tiempo, aprendió oración en la escuela de la obediencia. Así como es la oración del hombre justo la que vale mucho, así también la justicia es la obediencia a Dios. Un hombre justo es un hombre obediente, y es él quien puede orar eficazmente, quien puede lograr grandes cosas cuando se postra de rodillas.

La verdadera oración, recuérdese, no es mero sentimiento, ni poesía, ni elocuente declamación. Tampoco consiste en decir con cadencias melosas: «Señor, Señor». La oración no es una mera forma de palabras; no es solo invocar un Nombre. La oración es obediencia. Está fundada sobre la roca adamantina de la obediencia a Dios. Solo aquellos que obedecen tienen el derecho de orar. Detrás del orar debe estar el hacer; y es el hacer constante de la voluntad de Dios en la vida diaria lo que da potencia a la oración, como nuestro Señor claramente enseñó:

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera

demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:21-23).

Ningún nombre, por precioso y poderoso que sea, puede proteger y dar eficacia a la oración que no va acompañada del hacer la voluntad de Dios. Tampoco el hacer, sin el orar, puede proteger de la desaprobación divina. Si la voluntad de Dios no domina la vida, la oración no será nada más que un sentimiento enfermizo. Si la oración no inspira, santifica y dirige nuestra obra, entonces la voluntad propia entrará para arruinar tanto la obra como al obrero.

¡Cuán grandes y múltiples son los conceptos erróneos sobre los verdaderos elementos y funciones de la oración! Hay muchos que desean ardientemente obtener respuesta a sus oraciones pero que quedan sin recompensa y sin bendición. Fijan sus mentes en alguna promesa de Dios y luego se esfuerzan, a fuerza de obstinada perseverancia, por convocar fe suficiente para asirla y reclamarla. Este fijar la mente en alguna gran promesa puede servir para fortalecer la fe, pero, a este aferrarse a la promesa debe añadirse la oración persistente e insistente que espera y aguarda hasta que la fe crezca sobremanera. ¿Y quién hay que sea capaz y competente para hacer tal oración, sino el hombre que obedece a Dios pronta, gozosa y continuamente?

La fe, en su forma más elevada, es la actitud así como el acto de un alma rendida a Dios, en quien Su Palabra y Su Espíritu moran. Es verdad que la fe debe existir de alguna forma u otra para impulsar la oración; pero en su forma más fuerte, y en sus mayores resultados, la fe es el fruto de la oración. Que la fe aumenta la capacidad y la eficacia de la oración es verdad; pero es igualmente cierto que la oración aumenta la capacidad y la eficacia de la fe. La oración y la fe obran, actúan y reaccionan, una sobre la otra.

La obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo posiblemente pueda. Cuando la obediencia —el reconocimiento implícito de la validez y la supremacía de los mandamientos divinos— la fe deja de ser una tarea casi sobrehumana. No requiere esfuerzo forzado ejercerla. La obediencia a Dios hace fácil creer y confiar en Dios. Donde el espíritu de obediencia impregna

plenamente el alma; donde la voluntad está perfectamente rendida a Dios; donde hay un propósito fijo e inalterable de obedecer a Dios, la fe casi se cree a sí misma. La fe entonces se vuelve casi involuntaria. Después de la obediencia es, naturalmente, el siguiente paso, y se da fácil y prontamente. La dificultad en la oración no está con la fe, sino con la obediencia, que es el fundamento de la fe.

Debemos cuidar bien nuestra obediencia, los resortes secretos de la acción, la lealtad de nuestro corazón a Dios, si queremos orar bien y deseamos obtener el máximo provecho de nuestra oración. La obediencia es el cimiento de la oración eficaz; esto es lo que nos acerca a Dios.

La falta de obediencia en nuestras vidas derriba nuestra oración. Muy a menudo, la vida está en rebelión y esto nos coloca donde la oración es casi imposible, excepto que sea por misericordia perdonadora. La vida desobediente produce una oración sumamente pobre. La desobediencia cierra la puerta del aposento interior y barra el camino al Lugar Santísimo. Ningún hombre puede orar —realmente orar— si no obedece.

La voluntad debe ser rendida a Dios como condición primaria de toda oración exitosa. Todo lo que nos rodea recibe su coloración de nuestro carácter más íntimo. La voluntad secreta forma el carácter y controla la conducta. La voluntad, por lo tanto, juega un papel importante en toda oración exitosa. No puede haber oración en su implicación más rica y su sentido más verdadero, donde la voluntad no esté entera y plenamente rendida a Dios. Esta lealtad inquebrantable a Dios es una condición absolutamente indispensable para la mejor, la más verdadera y la más eficaz oración. «Simplemente tenemos que confiar y obedecer; no hay otro camino, para ser felices en Jesús — sino confiar y obedecer.»